

LA FORMA AUTOBIOGRAFICA EN RECUERDOS DE PROVINCIA

Ricardo Rojas clasificó los cincuenta y dos volúmenes de las *Obras* de Domingo Faustino Sarmiento como “dispersa confesión autobiográfica”.¹ El maestro de la crítica argentina veía en los libros sarmientinos una forma de autobiografía que fue variando sus motivos de acuerdo con las necesidades de un escritor que representó de manera consecuente las posibilidades polémicas del periodismo.

Si la manifestación reiterada de lo personal es una de las constantes de la literatura de Sarmiento, no debe olvidarse que este elemento aparece de maneras diversas dentro de las obras más importantes del autor.

Dos motivos favorecen la intensidad de lo autobiográfico en Sarmiento: las circunstancias en que redactó y los lectores a quienes se dirigía. La inminencia —personal o nacional— de un peligro, o la euforia de un triunfo personal o del grupo que sentía más próximo, son los estados de conciencia que imprimen un andante más acentuado al autobiografismo sarmientino, especialmente en los años de destierro; de esta manera manifestaba la forma de neurosis propia de los expatriados. Sarmiento había salido de la Argentina demasiado joven para ser conocido fuera del ámbito de su infancia y adolescencia, la nativa provincia de San Juan, muy alejada del centro cultural y político que absorbía la vida patria, Buenos Aires. A diferencia de Esteban Echeverría, o Juan María Gutiérrez, o Juan Bautista Alberdi, que habían cumplido labor valiosa en el centro porteño, Sarmiento abandonó una provincia oscura, a la que habían arruinado sucesivos déspotas hasta ahogar las

¹ RICARDO ROJAS: *El profeta de la pampa, Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1945, p. I.

tradiciones culturales que la destacaron en los primeros años de vida independiente.

Sarmiento era un desconocido al llegar a Chile, un cuyano que debió abrirse paso en el periodismo y la docencia, sin antecedentes que certificaran sus proyectos y la ambición civilizadora de sus campañas. Ignorado de los porteños, lo era también de los provincianos, inclusive los más próximos a San Juan. Si en Chile los testimonios de aprecio y de apoyo le valdrían una posición pronto envidiable, no ocurría lo mismo en su patria. Muchos argentinos de aquellos años de aislamiento y recelo se preguntaban sobre los antecedentes de ese encarnizado contendiente del gobernador de Buenos Aires. Sarmiento, tan alerta al diálogo vivo que implica la letra escrita, se sintió en el deber de ir apostillando con datos personales la intención de sus polémicas chilenas.

Dentro de esas condiciones se sitúan los elementos autobiográficos que se afirman en el más maduro de sus libros, *Recuerdos de Provincia*, aparecido en Santiago de Chile en diciembre de 1850, para completar la base de su literatura, junto a *Civilización y barbarie*, de 1845, y los volúmenes de *Viajes*, de 1849.

En *El Mercurio* del 20 de marzo de 1842, Sarmiento había publicado un ensayo *De las biografías*, prefacio a una serie de textos que recogería el diario chileno. Lector entusiasta de las *Vidas paralelas* de Plutarco y de la *Autobiografía* de Benjamín Franklin, el cuyano destaca la importancia del género alrededor de ciertas ideas, las mismas que practicó en sus más directas incursiones en el género.² La primera recuerda que “la biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época y país dados, es el resumen de la historia contemporánea, iluminada con los animados colores que reflejan las costumbres y hábitos nacionales, las ideas dominantes, las tendencias de la civilización y la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad”. De las coincidencias de la biografía con la historia surge el sentido docente del género, imprescindible entre los medios de edu-

² “Las características de Franklin pueden ser resumidas sin mucha dificultad. Era, ante todo, un hombre de una índole esencialmente simple y de una voluntad completamente relajada, al que no perturbaban los tormentos de la conciencia ni los conflictos intelectuales. Es el hombre común —*l’homme moyen sensuel* tan típico del mundo occidental— que ha alcanzado las proporciones de un héroe. Es el tipo nacional común que fija la norma del carácter norteamericano. En segundo lugar, era un hombre que se elevó de la situación más humilde de pobreza y oscuridad a la fama y el poder en su país y en el mundo. Su vida es la primera versión, la versión clásica, de esa *sucess story* que todo americano espera secretamente realizar en su profesión”. (MORTÓN DAUWEN ZABEL: *Historia de la literatura norteamericana*, traducción de Luis Echávarri, Buenos Aires, Editorial Losada, 1950, pp. 79-80).

El mismo crítico define a la *Autobiografía* de Franklin como “estatuto de la libertad, la iniciativa y la actividad personales del americano medio”.

cación del pueblo: “La biografía es, pues, el compendio de los hechos históricos más al alcance del pueblo y de una instrucción más directa y más clara”. Las condiciones educativas se ilustran con la trayectoria de Franklin y su acción “en condiciones análogas a las de nuestra sociedad”: “saliendo de la clase común del pueblo y sin otra preparación que la de un fuerte y decidido amor a su país, se lanzó en la vida pública, purificando las costumbres, desarraigando preocupaciones y promoviendo con todas sus fuerzas la civilización, la independencia y la libertad de sus conciudadanos”. Por consiguiente interesan a Sarmiento los hombres que influyen sobre la sociedad y la mueven en la vía del progreso que encausa los destinos nacionales.

La biografía de Franklin es el canevás que va a servirle para disponer los hechos de su propia vida, ya en el opúsculo *Mi defensa*, ya en las páginas maduras de *Recuerdos de Provincia*, ya en escritos de la ancianidad.

En 1843, los agraviados por el ímpetu del escritor habían encontrado en la pluma corrosiva de Domingo Santiago Godoy un vehículo a resentimientos y resquemores. Para oponerse a la campaña de Godoy, Sarmiento redactó un opúsculo autobiográfico, que adelanta el contenido del libro madurado siete años más tarde, dentro de los intereses políticos y de comunicación con otro tipo de lectores, sus compatriotas.

El folleto de 1843 está dirigido a los chilenos y esta intención provoca su intensidad panfletaria. *Mi defensa* está compuesto por cuatro capitulillos: *Introducción*, *Mi infancia*, *El militar y el hombre de partido* y *El hijo, el hermano y el amigo*; casi el mismo plan que afirmará el libro de 1850. Los principios guías se anuncian en la *Introducción*, a la que se antepone una página donde se recuerda el cuadro de Apeles sobre el cortejo simbólico de la Calumnia, grupo donde la Verdad y el Arrepentimiento, “vestidos ambos de duelo”, “no podían penetrar”.³

La *Introducción* destaca la personalidad de un individuo “que sin sus escritos viviera ignorado”: asunción de una constancia vocativa que impone la repetición de la primera persona gramatical: “¡Yo, el redactor de varios diarios y periódicos en Chile; yo, el autor de algunos opúsculos sobre asuntos de utilidad pública; yo, en fin, el director de la Escuela Normal!” Esta será la verdad opuesta a quien lo ha llamado “miserable” e “hipócrita”. Un escritor solitario —“estoy solo contra muchos”— reconoce “la franqueza” de su lenguaje escrito, que ha

³ V., DOMINGO F. SARMIENTO: *Recuerdos de Provincia*, prólogo y notas de Jorge Luis Borges, Buenos Aires, Emecé Editores, 1944.

Las citas en el texto modernizan la ortografía y corrigen la puntuación.

excitado “siempre grandes animadversiones y profundas simpatías”. De ahí la síntesis de su trayectoria en las sociedades que han asistido “al largo combate” de su vida: “he vivido en un mundo de amigos y enemigos, aplaudido y vituperado a un tiempo”.

La constancia de esa existencia se define como acción, cuyos motivos debe conocer el público sobre el apoyo de testigos que el defensor de sí mismo no deja de recordar en casi todos los párrafos: “no es una novela, no es un cuento; me apoyaré en cuanto pueda en testimonios que aún puedo usar aquí. En lo demás, desafío a mis enemigos privados y políticos que me desmientan”. Sarmiento rehuye los elementos de ficción que pudieran aparecer en el desarrollo de su defensa; va a hacer historia en el sentido en que él entendía las biografías ejemplares y nivelará los hechos privados con los públicos ya que se dirige a una doble condición de enemigos, los personales y los políticos. La intención de los ataques motiva la presencia reiterada de la primera persona, que deberá empinarse, tipificarse, acaso mitificarse por pasajes, como si así modulase el tono de *Recuerdos de Provincia*.

Adelantándose a posibles reparos de los lectores, a los que considera “público” —oyentes de un orador que se explica en una asamblea, o acaso de un actor que monologase sinceramente las intenciones del personaje—, la *Introducción* termina con esta disculpa: “perdóneme el público lo que halle de jactancioso, de petulante, o de mezquino en mis escritos”.⁴

El capítulo *Mi infancia* desarrolla dos temas fundamentales: la humildad de su origen, tanto en lo comarcano como en lo familiar —“provincia ignorante y atrasada” y “familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina de la indigencia”—, para destacar, sobre estos elementos negativos, sus “constantes esfuerzos para formar mi razón y mi espíritu”: la idea del *self-made-man* de Franklin. Por ello elogia el hábito de la lectura, que le permite confesar: “no he conocido más amigos que los libros y los periódicos”. Confianza y riesgos

* “Sus *Recuerdos de Provincia* son su biografía, no un libro de política. Historiándose a sí mismo no ha podido aprender más de lo que Ud. sabe. Ese trabajo no es un servicio hecho a la República Argentina, y dudo que lo sea para Ud. mismo. Es el primer ejemplo que se ofrece en nuestro país, abundante en hombres notables, de un republicano que publica doscientas páginas y un árbol genealógico para referir su vida, la de todos los individuos de su parentela y hasta de sus criados. [...] Pero su biografía de Ud. no es un simple trabajo de vanidad, sino el medio muy usado y muy conocido en política de formar la candidatura de su nombre para ocupar una altura, cuyo anhelo, legítimo por otra parte, le hace agitados incansable”. (Tercera de las *Cartas quillotanas* de Juan Bautista Alberdi).

V., *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina*, estudio preliminar de Horacio Zorraquín Becú. Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1945, pp. 104-105.

de un autodidacto, que lo personifican como un producto de la civilización. Por tal voluntad histórica condena a Rosas, “personificación de la barbarie, la crueldad y la violencia de masas”, como si no olvidara el duelo implícito constantemente en su conducta de escritor, de educador y de político.

Resultado de las lecturas son el militar y el hombre de partido: “nutrido de las ideas dominantes en los libros que había leído; preocupado con la suerte de la libertad, que la historia de Roma y de Grecia me había hecho querer, sin comprender bien los medios de realizar este bello ideal, me lancé en las luchas de los partidos con entusiasmo y abnegación; habiendo sacrificado toda mi vida de adulto a esta grande empresa”. El lector de Plutarco y de Franklin, el entusiasta de la acción civilizadora, el creyente del Progreso, concibe la política como proyección de los impulsos ideológicos que le habían dado sus libros. Del hombre afanoso de ejemplos ilustres habría de surgir el partidista, que abraza “con el calor y el fanatismo de una religión los principios políticos que han sucumbido hoy en mi patria”.

La formación del escritor y los hechos del político y del militar sirven de respuesta pública a las calumnias de Godoy; tendrá que agregar la trayectoria privada del hombre. El desarrollo de este capitulillo elige los motivos que se amplían en *Recuerdos de Provincia*, insistiendo en el tono didáctico que tendrán sus evocaciones familiares, sobre la insistencia reconocida de una primera persona psicológica y gramatical. Es éste uno de los recursos de sinceridad en la prosa de Sarmiento, que muestra así su apego a fórmulas más oratorias que literarias: “yo no conozco en los asuntos que son personales, otra persona que el yo, y éste es poco cómodo para hablar de virtud ni de buenas acciones”. Sin pretensiones que hicieran de su yo un equivalente universal del hombre, tenía que alcanzar que su historia concreta, la de ese apasionado, se hiciera símbolo americano de un destino ejemplar. No está escribiendo para su hijo, como el Franklin de la *Autobiografía*, ni dogmatiza principios con la validez de un catecismo, sino que se dirige a enemigos políticos y personales. De esta voluntad defensiva nace el tono animado del relato.

Hijo, hermano y amigo, no tardará en señalar que “jamás ha reconocido otra autoridad” que la suya propia, no sin el agregado de que “esta subversión se funda en razones justificables”. Su misión familiar ha superado la caridad corriente del apoyo económico, para afanarlo en función educativa, que era para él la mayor de las caridades: “he tenido la paciencia de educarla” (a su familia). Con la misma esperanza donativa alienta su patriotismo, la otra forma de educar, de sentirse

socialmente padre; “he creído siempre que en mí el patriotismo era una verdadera pasión con todo el desenfreno y extravío de otras pasiones”.

Godoy ha sido el trampolín para la confesión de defensa. Habrá de recordarse este estímulo en las líneas finales del folleto, donde vuelve a evocarse la necesidad de comunicación con “el público”, al que promete una ampliación donde mostrará “al libelista famoso, al escritor en Chile, al maestro de escuela, mis obras últimamente, mis principios políticos y sociales”. Las intenciones que se afianzan en el libro de 1850, con modalidad anunciada en los últimos párrafos de *Mi defensa*: “cuando tenga cuarenta años, seré prudente; por ahora seré como soy y nada más”.

La dedicatoria de *Recuerdos de Provincia* aparece encabezada por esta línea: “A mis compatriotas solamente”. *Mi defensa* se dirigió a lectores extranjeros —y los chilenos no dejaban de serlo a pesar de la espontaneidad que lo había comprometido con muchas causas del país—; el libro de prudencia, el de los casi cuarenta años, tiene que informar al público de su propia nación. Es el momento en que el sanjuanino tiene ya clara conciencia de su futuro y necesita responder a los documentos de Rosas, su antífingura, que domina el panorama político argentino.

Dos años después de *Mi defensa*, y por razones de urgencia inmediata, Sarmiento apresuró la redacción de *Civilización y barbarie*, que desprestigiaría ante el público chileno la embajada porteña encabezada por Baldomero García. Lo que hay de autobiográfico en este panfleto completa las intenciones de *Mi defensa* y colabora en el plan y el desarrollo de *Viajes* y de *Recuerdos de Provincia*.

El admirador de Plutarco y de Franklin era también romántico profundo, más consecuente que los jóvenes discípulos de Echeverría. Esta etapa de su formación, entusiasta de novelas y dramas, desarrolló en su literatura la demostrativa intención de los contrastes. De tal manera la técnica del paralelismo de las *Vidas ejemplares* se anima con las condiciones del claroscuro que ofrece la oposición, implícita o explícita, de su biografía con la de los personajes condenables. El Sarmiento entusiasta de Alejandro Dumas, de Víctor Hugo, de Fenimore Cooper, tampoco olvidaba sus lecturas religiosas de los años infantiles donde los actos de condenación aparecían como perspectiva dramática de las existencias de quienes eligen la buena senda. Más tarde, el jovenzuelo de inquietudes políticas supo de la oposición entre federales y unitarios; no importa la fidelidad de los nombres, muchas veces meros rótulos, sino la im-

posición de contrarios que suscitaba los anatemas condenatorios para el partido de los déspotas y la entusiasta adhesión a los civilizadores.

La rasgos de Facundo que ingresan en *Civilización y barbarie* son el borrador de lo que quiso ser la biografía interesada de Rosas a cargo de su más constante opositor. Artículos periodísticos de los años chilenos y las páginas donde se condena a Urquiza como heredero de Rosas (*Campaña en el Ejército Grande*) dan la pauta de lo que pudo ser biografía, nunca completada por Sarmiento, cuyo plan se adelanta en paralelo con la acción del escritor en artículo en *La Crónica* del 11 de noviembre de 1849.⁵

Junto al enriquecimiento de matices que los términos “civilización” y “barbarie” adquieren en el libro de 1845, que incluye en su tercera parte el programa de propaganda del reformador romántico, se profundiza el dinamismo del pensamiento alrededor de la problemática permanente del país. De esta manera, la biografía de Facundo y la autobiografía sarmientina se fueron completando, hasta llegar a las síntesis, por veces correctivas, de la vejez.

Ricardo Rojas insiste en señalar que *Recuerdos de Provincia* es parte del proceso político que Sarmiento vivió en 1849, según lo advierte el mismo autor. De dicha coincidencia surge el consejo de Sarmiento para que el libro fuera leído juntamente con el debate público del año en cuestión. Hacia aquellas fechas los ataques a Sarmiento proliferaron desde el oficialismo porteño, y no sólo en los periódicos rosines sino en el *Mensaje* anual que el gobernador de Buenos Aires presentó a la Legislatura en diciembre de 1849. En sus páginas, y con encono más personalizado que político, se ultraja a Sarmiento con los títulos de “salvaje unitario”, “aleve conspirador”, “rebelde”, “traidor”, “odioso”, “criminal conspirador”, rubricando un debate que se centra alrededor de los siguientes oficios elevados al gobernador chileno: la cuestión Magallanes, el reclamo por la carta de Sarmiento a Ramírez y la renovación del reclamo por el artículo del número 19 de *La Crónica*.⁶

⁵ V., la cita y el comentario en el citado libro de Rojas, pp. 365-368.

En ese paralelo se anotan ya las ideas que dan proyecciones futuras a *Recuerdos de Provincia*: “Sarmiento le envidia [a Rosas] el puesto admirable que ocupa, y si pudiera suplantarlo, lo que se promete para dentro de diez años, se forma mil castillos de todas las grandes cosas que realizaría con el concurso de todos sus compatriotas”. Y más adelante: “El uno [Rosas], desafiando la desaprobación de los buenos y formándose una reputación execrable que en cuanto se muera (dentro de cuatro años) será la hablilla de la gente, el cuco de los niños y el ejemplo del mal: el otro [Sarmiento] formándose la suya con paciencia para dentro de diez años en que piensa presentarse en el país a solicitar los votos de sus conciudadanos para desempeñar un destino de Gobernador, por ejemplo, de alguna pobre y atrasada provincia”.

⁶ V., el citado libro de Rojas, pp. 342-374.

Sensible a los cargos que podían desautorizarlo entre quienes lo conocían sólo parcialmente, Sarmiento asumió su defensa ante los compatriotas que habían leído los insultos rosistas y los comentarios de las hojas oficiales. La oposición, manifestada en su patria, explica la dedicatoria de *Recuerdos de Provincia* y el interés en que el libro circulase con abundancia en las provincias argentinas, especialmente entre sus autoridades.

Ciertos pasajes de la dedicatoria parecen corregir el sentido combativo del libro y la dirección esclarecedora del texto. Sarmiento anota que “las páginas que siguen son puramente confidenciales, dirigidas a un centenar de personas y dictadas por motivos que me son propios”. Pero la aclaración inmediata ilumina el callado fundamento de sus memorias: recuerda haber llamado “bandido” a Quiroga, en una carta personal, y se enorgullece de que hoy “todos los argentinos, la América y la Europa” lo llamen de tal forma. Fuera de las referencias a los motivos de su destierro, el dato anota la difusión de las ideas sarmientinas y la representación que han adquirido en América y Europa. El Sarmiento de 1850 ya no es el escritor casi desconocido que escribió *Mi defensa*; el de *Recuerdos de Provincia* es el autor de un libro celebrado en círculos científicos de Francia y de los Estados Unidos del Norte, el educador que ha sido enviado en viaje de estudio por el gobierno de Chile, el que ha conocido hombres ilustres de Europa, América del Norte y Africa, el que se siente en la plenitud de sus facultades y listo a intervenir en el gobierno patrio.

Si *Civilización y barbarie* abrevió el análisis de la acción negativa de Rosas, si la posible biografía del tirano de Buenos Aires se desperdigó en páginas momentáneas, el libro de 1850 llevará hasta los límites de lo posible la función docente de la biografía aplicada a la propia persona.

Los párrafos finales de la dedicatoria vuelven al concepto del género ya anotado en 1842, insistiendo en la predilección del escritor, consciente de sus temas y medios expresivos: “gusto | . . . | de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida”. Otra vez la verdad volverá a imponerse en el humoso mundo de la calumnia, ya que las páginas nuevas fueron escritas contra falsedades de la mentira oficializada. En este caso la calumnia ya no es resentimiento de un escritor sólo conocido en Santiago de Chile, el borroso Godoy, sino expresión del gobierno de Buenos Aires. Contra los atropellos de la autoridad, avanzará Sarmiento, con el retomado plan de *Mi defensa*.

Los capitulillos de 1843 sirven de patrón a un desarrollo que se reordena con más eficaces intenciones. Los veinticuatro capítulos de *Recuerdos de Provincia* se suceden alrededor de cuatro núcleos temáticos: el primero corresponde a la genealogía de Sarmiento, registrada en nombres ilustres —“el índice del libro” lo llama el autor—, para recordar que está ligado a ellos “por los vínculos de la sangre, la educación y el ejemplo seguido”; el segundo núcleo corresponde al ambiente hogareño y la formación intelectual, para insistir en el ejemplo de virtudes propuesto por el tezón constructivo de la madre y el patriotismo del padre, tantas veces desprendido de la responsabilidad familiar; el tercer núcleo exalta las actividades militares y políticas del joven, las que impusieron su destierro; el cuarto enumera los trabajos cumplidos en la expatriación, subrayando títulos literarios y fundaciones educativas.

Más de la mitad del libro evoca antecedentes familiares, desde los más remotos, como si Sarmiento se reconociera urgido por señalar la continuidad de caracteres que dan una síntesis de historia americana, desde los indígenas y los primeros colonizadores. Del resto del volumen, las páginas más numerosas se dedican a la evocación del hogar y los años de infancia y adolescencia, apretándose en cambio los dedicados a la acción política y militar y a sus producciones literarias y fundaciones docentes.

Tal distribución de la materia responde a urgencias del escritor, nunca desarrolladas con esa intensidad y tanto acopio demostrativo. Dos citas sirven de epígrafe a la totalidad del texto. La primera, de Shakespeare, atribuida erróneamente a *Hamlet*, dice: “Es éste un cuento que, con aspavientos y gritos, refiere un loco y que no significa nada” (*Macbeth*, escena 5a. del acto V). La segunda, de los *Ensayos* de Montaigne, recuerda: “Decir de sí menos de lo que hay, es necedad y no modestia; tenerse en menos de lo que uno vale, es cobardía y pusilanimidad, según Aristóteles”.

La elección de epígrafes suele responder a los planes del escritor, que no siempre respeta el desarrollo de la obra; sin embargo los sarmientinos ordenan las intenciones del hombre en trance de confesión. ¿Puede no significar “nada” el contenido de *Recuerdos de Provincia*? ¿Qué valor tienen sus “aspavientos y gritos?” La respuesta está en las frases de Montaigne, respaldadas por la autoridad aristotélica: Sarmiento busca una forma de equilibrio confesional, la que era posible en él, que disimule ese decir lo mucho valioso que hay en su vida. Prefiere ser inmodesto antes que necio, y con tal intención asordina el refuerzo de los desmanes exclamativos e interrogativos de los primeros capítulos, como si encubriese estilísticamente

el sentido panfletario de la autobiografía de los cuarenta años. Así se explica también la distribución de los temas dentro de la totalidad del libro.

Sarmiento debe hablar con insistencia de sí mismo; tiene que contar actos de decisión y de inteligencia, manifestaciones de heroísmo personal y de acción civilizadora; tiene que encarnar su historia como símbolo representativo —es preciso que los compatriotas se informen de la dimensión del contendiente de Rosas—, pero todo ello aparece como diluído, no tanto por la expresión sino por el contenido de lo que se evoca. La contención estilística va por otras vías, las que recogen sabiamente la emoción que señala las páginas evocadoras de la madre, de algún maestro inolvidable, de alguna hazaña decisiva.

En los trece primeros capítulos, que pormenorizan hasta el exceso la historia remota de la familia, aparece la filosofía histórica del escritor. No en balde dichos capítulos son considerados como la historia colonial de su propia persona, el antecedente inexcusable de un presente que lo obligó a imponerse apreturas y adversidades, entre las catástrofes sociales que parecen haber cubierto a los hombres de su provincia nativa.

Las observaciones histórico-sociológicas se repiten con insistencia. La primera se manifiesta en el capítulo dedicado a “Los huarpes”, los primitivos habitantes de San Juan: “¡Ay de los pueblos que no marchan! ¡Si sólo se quedaran atrás! Tres siglos han bastado para que sean borrados del catálogo de las naciones los huarpes. ¡Ay de vosotros, colonos españoles rezagados! Menos tiempo se necesita para que hayáis descendido de provincia confederada a aldea, de aldea a pago, de pago a bosque inhabitado”. Más adelante, aplicando el balance al estado presente de su provincia, agrega: “Hoy no tenéis ya ni escuelas siquiera, y el nivel de la barbarie lo pasean a su altura los mismos que os gobiernan. De la ignorancia general, hay otro paso, la pobreza de todos, y ya lo habéis dado. ¡El paso que sigue es la oscuridad, y desaparecen enseguida los pueblos, sin que se sepa adónde ni cuando se fueron!” Estas reflexiones le sirven para destacar la misión civilizadora de sus antepasados y las posibilidades de su propia formación, ya madura para las empresas nacionales.

En los *Viajes* están los datos que completan el cuadro sobre el destino de los pueblos. A poco de desembarcado en Francia, escribió: “¡Eh! ¡la Europa! ¡triste mezcla de grandeza y de abyección, de saber y de embrutecimiento a la vez, sublime y sucio receptáculo de todo lo que al hombre eleva o le tiene degradado, reyes y lacayos, monumentos y lazaretos, opulencia y vida salvaje!” En los Estados Unidos del Norte, había sentido el valor de una vida sobria, parecida a la de su pro-

vincia en años mejores, pero a la vez “un nuevo criterio de las cosas humanas”, “el último resultado de la lógica humana”: “no tiene reyes, ni nobles, ni clases privilegiadas, ni hombres nacidos para mandar, ni máquinas humanas nacidas para obedecer”. El desconocimiento directo de todo su país no le impediría recordar los elementos que fundamentaban una especie de edad sudamericana en que también se adelantaron los resultados de la lógica humana.

Sus experiencias argentinas se reducían a San Juan y algunas comarcas vecinas; de ellas sacó los elementos demostrativos de su teoría sobre el fracaso de los pueblos inmovilizados al margen de la marcha del progreso; pueblos ahistóricos, que apenas cuentan en la suma universal. Primero, el mundo indígena de los huarpes, borrado del mapa de Cuyo; luego, la dispersión y anulación de riquezas —Pedro del Carril—, de sabiduría —el abate don Miguel Morales—, de teología —fray Miguel Albarracín—, de política —Narciso de Laprida—, de gobierno —Ignacio de la Rosa y Salvador María del Carril. Evocaba a hombres que él había alcanzado a conocer, que pertenecían al grupo de amistades de su familia, o de él mismo; desbande de fuerzas civilizadoras, lógicas, que prefiguran el balance desengañado de la actualidad argentina, la anulación afirmada por Rosas y sus leales en las distintas provincias.

De dicho balance nace el ataque al pueblo pasivo que acepta tal situación; acusaciones patéticas que se suceden en los capítulos centrales del primer núcleo del libro: “pueblos que no piensan”, “pueblos inmorales, víctimas degradadas que os hacéis cómplices del vicio que desciende de lo alto”, “hijos que se están educando en la escuela de los *mueras*, y de la violencia”. La indignación contra los pueblos que no piensan y no se rebelan, resume la situación argentina, comprobada en San Juan y adivinada en las demás provincias. Tales comprobaciones urgen la caracterización del “despotismo brutal”, dentro de cuyos caracteres se incluye a Rosas: “discípulo del Dr. Francia y de Artigas en sus atrocidades, y el heredero de la inquisición española en su persecución a los hombres de saber y a los extranjeros. Los tres han embrutecido el Paraguay, la España y la República Argentina, dejándoles en herencia la nulidad y la vergüenza para años y siglos”.

Rosas, comparable con déspotas de España y de nuestra América, es causante de la ruina de su pueblo, pero a su vez éste es culpable de la continuidad del tirano en el poder. Las denuncias contra el gobernador de Buenos Aires y los cómplices de su despotía han ido apareciendo en comentarios que subrayan —por oposición— una historia de hombres notables, sus ascendientes, que resumen la trayectoria progresista de la

provincia. Hay una discontinuidad de generaciones, que indica el párrafo inicial del capítulo titulado *Los hijos, Jofré*: “¿De dónde descienden los hombres que vemos brillar en nuestra época, en ministerios, presidencias, cámaras, cátedras y prensa? De la masa de la humanidad. ¿Adónde se encontrarán sus hijos más tarde? En el ancho seno del pueblo. He aquí la primera y la última página de la vida de cada uno de nuestros contemporáneos”. Y la idea de la decadencia se confirma al referirse a “Los Albarracines”: “de los otros once hermanos y hermanas de mi madre, varios de sus hijos andan ya de poncho, con el pie en el suelo, ganando de peones real y medio al día”.

Entre las figuras sobresalientes del pasado inmediato, Domingo de Oro brinda una anticipación del porvenir, el ejemplo de una síntesis especialmente apta para el desarrollo del país: “Oro ha dado el modelo y el tipo del futuro argentino, europeo hasta los últimos refinamientos de las bellas artes, americano hasta cabalgar el potro indómito, parisiense por el espíritu, pampa por la energía y los poderes físicos”. Tal allegamiento de caracteres nativos y educación europea señala un arquetipo que encarna también Sarmiento, según se desprende de alusiones de sus obras, no sólo de *Recuerdos de Provincia*.

Sobre la suma de antecedentes y de anticipos arranca la biografía del héroe del libro, de ese Domingo Faustino Sarmiento que necesita contraponerse a Juan Manuel de Rosas, en el juicio valorativo de sus compatriotas. Sarmiento ha nacido en una familia que muestra la decadencia impuesta por la herencia hispánica y el predominio de los caudillos despóticos. De sus padres y de algunos parientes cercanos ha aprendido lecciones de certeza moral y de patriotismo constructivo; su padre le ha enseñado el amor a la lectura. Sus primeros maestros, tíos próximos, son hombres más del pasado que del futuro; por mayor reverencia que dedique a sus recuerdos, Sarmiento insiste en presentarse como un hombre que se ha formado por su voluntad, un autodidacto que sabe adecuarse a los deberes que impone el tiempo que viene.

Tal asunción educativa retoma el paralelismo con el arquetipo moderno al que tanto deseó equipararse, Franklin. En el extenso capítulo “Mi educación” se destaca la semejanza de destinos: “Yo me sentía Franklin, ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana”. Las coincidencias estimulantes con el norteamericano hacen que la lección se extienda a principio general, ya que “la vida de Franklin debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias”, en oposición a los modelos

del santoral católico: “¡Santas aspiraciones del alma juvenil a lo bello y perfecto! ¿Dónde está entre nuestros libros el tipo, el modelo práctico, hacedero, posible, que puede guiarlas y trazarles un camino?” Vigencia de un arquetipo, superior al presentado por predicadores religiosos que “nos proponen los santos del cielo para que imitemos sus virtudes ascéticas y sus maceraciones”, ejemplario de virtudes alógicas que se abstienen de cumplir los mismos que las aconsejan.

Franklin, modelo imitable sin desnaturalización de la naturaleza infantil, ideal para el joven “sin otro apoyo que su razón”, provoca en Sarmiento un culto casi religioso: “este hombre debe estar en los altares de la humanidad, ser mejor que Santa Bárbara, abogada contra rayos, y llamarse el Santo del Pueblo”. Fórmula de veneración aplicada al modelo y, en consecuencia, al mismo Sarmiento, su aplicado discípulo sudamericano.

Respetuoso de las prácticas religiosas de su madre y sus tíos clérigos, desde muy joven Sarmiento eligió una vía distinta de perfeccionamiento, la de un laicismo moral que toma como norte la existencia de Franklin, hombre de ciencia y libertador de su patria. De esta elección surge el recuento de los sucesos de la infancia, la adolescencia y la juventud que marcan un camino de animador público. El tinte religioso de la primera formación junto al clérigo Oro acompaña dicho itinerario con la creencia en la justicia providencial y las invocaciones a un Dios sentido como testigo último de su conducta.

A pesar de las generales similitudes, los hechos destacados en los primeros años de la existencia del sanjuanino son distintos de los de Franklin ya que corresponden a las condiciones de la vida argentina, en especial del rincón andino donde debió desenvolverse. Son actos de valentía y de arrojo casi primarios, antes que resoluciones éticas; formas de conducta cumplidas en un período de la vida sarmientina que puede calificarse de instintivo.

Más tarde viene el primer asentamiento ideológico, el que comienza a señalar conscientemente elecciones y rechazos. Es la forma de madurez que había alcanzado antes de su destierro; efecto de una educación en base a los autores nuevos que llegaron a su curiosidad de buen lector. Romántico antes de la literatura, estudia y decanta los libros llevados a San Juan por Quiroga Rosas; así ha de formarse su ideología. Sarmiento extiende el método a conclusión general: “¿Cómo se forman las ideas? Yo creo que en el espíritu de los que estudian sucede como en las inundaciones de los ríos, que las aguas al pasar depositan poco a poco las partículas sólidas que traen en disolución, y fertilizan el terreno”. Con agradecimiento se recuerda el medio que lo puso en contacto con “las nuevas ideas que

agitaban el mundo literario en Francia”: la biblioteca que en 1838 trajo de Buenos Aires el discípulo de Echeverría, Juan Manuel Quiroga Rosas. El dato importa porque de esta manera Sarmiento se incluye en el movimiento suscitado en Buenos Aires como adelanto mental de la América española; Villamain, Schlegel, Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, Tocqueville, Leroux, la *Revista enciclopédica* fueron los signos de esa modernidad que provoca los análisis sarmientinos: “discutíamos las nuevas doctrinas, las resistíamos, las atacábamos, concluyendo al fin por quedar más o menos conquistados por ellas”.

Se supera la etapa de la juventud sin maestros inmediatos, “buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería”. Ya está maduro para pasar al plano de la acción valedera; ya está armado para comenzar su carrera de escritor. El beneplácito suscitado por su estreno en Chile, en los primeros meses de 1840, marca el comienzo de la etapa más generosa de su existencia literaria; el balance de 1850 recogerá el comentario de los textos que dan la síntesis de su pensamiento, de acuerdo con la actitud que lo guió en el aprecio de los libros ajenos: “el espíritu de los escritos de un autor, cuando tiene un carácter marcado, es su alma, su esencia. El individuo se eclipsa ante esta manifestación, y el público menos interés tiene ya en los actos privados que en la influencia que aquellos escritos han podido ejercer sobre los otros”. Cinco capítulos resumen la tarea literaria: *Diario y publicaciones periódicas, Folletos, Biografías, Libros y Traducciones*.

El desarrollo de *Recuerdos de Provincia* y el contenido de sus capítulos más citados —los de evocación hogareña— aproximan el libro a tantos volúmenes de *Memorias*, género preferentemente caro a los románticos: Sarmiento evoca una trayectoria familiar, desde sus fundadores en América, para incluir en esa genealogía su existencia hasta los umbrales de los cuarenta años. El último párrafo sitúa psicológicamente las intenciones desde las cuales se avizoran las posibilidades del porvenir y desde ellas se proyectan las modalidades que desarrolló el autor: “este opúsculo, pues, es el prólogo de una obra apenas comenzada. Llámase el primer volumen *Viajes por Europa, Africa y América*. El segundo está todavía en manos de la Providencia. Don Juan Manuel de Rosas pretende que no ha de publicarse sin su visto bueno y que él sabe desparpajar los libros en su fuente. ¡Florencio Varela!, ¿estáis también en el secreto?”

Las reclamaciones de Rosas sobre las campañas periodísticas sarmientinas, fracasadas ante el gobierno chileno, habían dado al expatriado una idea del volumen de sus panfletos y artículos.

Es el momento, 1849, en que Sarmiento adquiere total conciencia frente a los desafueros verbales de su contendente, el gobernador de Buenos Aires. Debió sentirse halagado en su egolatría, pero a la vez pensaría con temores en el posible crimen que lo acallase; la final invocación al sacrificio de Florencio Varela, asesinado en Montevideo, es el eco de amenazas al parecer reales. La posibilidad de un golpe que pudiera tronchar su trayectoria, dejando incompleta una obra que no había dado todos los frutos esperables, da una forma especial de tensión al desarrollo del libro, especialmente en los últimos capítulos, más apretados y nerviosos, casi esquemáticos por páginas.

El recuento de sus libros incluye tres títulos: *Civilización y barbarie*, *Viajes...* y *Educación popular*. El primero, junto con *Recuerdos de Provincia*, clasificados en el género biográfico, encuadrándose en principios que repite el nuevo texto: “La biografía es el libro más original que puede dar la América del Sur en nuestra época, y el mejor material que haya de suministrarse a la historia”. Tales libros definen dos tipos de vida argentina: la del caudillo y la del hombre de ideas, preocupado por el porvenir que evite la reanudación de los males que se ensañaban sobre el país. A la oposición entre Rosas y el general Paz que cierra *Civilización y barbarie*, se agrega un nuevo enfrentamiento, Rosas y Sarmiento, que completa la trayectoria autobiográfica del sanjuanino desterrado.⁷

Si *Civilización y barbarie* fue escrito “con el fin de hacer conocer en Chile la política de Rosas”, *Recuerdos de Provincia* se ha concebido con “el deseo de todo hombre de bien de no ser desestimado, el anhelo de un patriota por conservar la estimación de sus conciudadanos”. El autor no ignora lo resbaladizo de la tarea: “hablar de sí mismo y hacer valer sus buenos lados, sin suscitar sentimientos de desdén, sin atraerse sobre sí la crítica, y a veces con harto fundamento”. Para prevenirse, reitera la definición del contenido del libro: “son nada más que lo que su título indica. He evocado mis reminiscencias, he resucitado, por decirlo así, la memoria de mis deudos que merecieron bien de la patria, subieron alto en la jerarquía de la iglesia, y honraron con sus trabajos la letras americanas: he querido apegarme a mi provincia, al humilde hogar en que he nacido; débiles tablas sin duda, como aquellas flotantes a que

⁷ “El vencedor de la Tablada, Oncativo y Caa-guazú, el boleado, el manco Paz, como le llama Rosas. ¡Cuántas veces este furibundo, que tantos millares de víctimas ha sacrificado inútilmente, se habrá mordido y ensangrentado los labios de cólera, al recordar que ha tenido preso diez años y no lo ha muerto, a ese mismo boleado que hoy se prepara a castigar sus crímenes! La Providencia habrá querido darle este suplicio de condenado, haciéndolo carcelero y guardián del que estaba destinado desde lo Alto, a vengar la República, la Humanidad y la Justicia” (*Facundo*, edición anotada por Delia S. Etcheverry, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1940, pp. 454-455).

en su desamparo se asen los náufragos, pero que me dejan advertir, a mí mismo, que los sentimientos morales, nobles y delicados, existen en mí por lo que gozo en encontrarlos en torno mío en los que me precedieron, en mi madre, mis maestros, y mis amigos. Hay una nobleza democrática que a nadie puede hacer sombra, imperecedera, la del patriotismo y el talento”.

Desde la dedicatoria, estas explicaciones completan las que en el texto invocan la conducta compartible de Franklin. La personalidad sarmientina tuvo siempre una parte importante de egolatría y ella se demora en el libro de 1850 para aumentar las proyecciones de sus servicios patrióticos. La función de contraste se desarrolla desde los términos “provincia” y “hogar humilde” hasta los de “sentimientos morales, nobles y delicados”, que sostienen “el patriotismo y el talento” del autor. Solicita así el elogio al hombre que se ha hecho a sí mismo, educando luego a su familia, a los analfabetos de San Luis y a los escolares chilenos. Pasión de educarse para poder educar, que recupera una herencia debilitada en su familia como consecuencia del estado general de la provincia.

Desde tal intención se recuentan los actos políticos y militares de la juventud, aportes en una campaña esclarecedora que trata de renovar, para el país, una finalidad histórica. Junto a dichos ejemplos de valor crece la acción educativa hasta culminar en los otros libros que comenta el autobiografiado: *Viajes... y Educación popular*. En el comentario sobre los dos volúmenes de *Viajes...* se detiene en los nombres de los personajes famosos, “los más eminentes de la época”, que fue conociendo en sus itinerarios, “con quienes he pasado horas enteras tratando de los asuntos más graves, habiendo merecido de todos las más lisonjeras distinciones, y con muchos de ellos gozado de la mayor intimidad”.

Los hombres ilustres que lo elogian, lo honran y lo reciben en su intimidad, certifican un aprecio que se presenta como tarjeta de recomendación a los argentinos. Y esta certeza le propone la frase final de la caracterización de los *Viajes...*: [Los gobernadores fieles a Rosas] “cuanto más me aprecian, más subidos son los epítetos [insultantes], para que el amo no sospeche sus afectos”. Punzada de humorismo que se contrapone a las anotadas adhesiones de los párrafos anteriores.

El recuento de su producción se cierra con el libro que más estima, *Educación popular*, etapa básica de una campaña iniciada en la escuela de San Francisco del Monte, en el campo semibárbaro de San Luis. Originado en un informe oficial al gobierno de Chile, es el desarrollo pedagógico de muchas ideas apuntadas en los volúmenes de 1849; por lo mismo, impone un

reto lanzado a sus connacionales: “denme patria donde me sea dado obrar, y les prometo convertir en hechos cada sílaba, y eso en poquísimos años”.

Las memorias sarmientinas avanzan hasta esa invitación, dirigida a los hombres responsables; ella corrobora el sentido de la dedicatoria y supera la intención de memorias íntimas que había atribuído cautamente a sus páginas. *Recuerdos de Provincia* se apareja con los libros sarmientinos de mayor textura polémica, lograda aquí a fuerza de comentar ejemplos de honradez y de competencia. Lo que se evoca y se recuerda adquiere un dinamismo especial, dramático por pasajes, mantenido por una corriente subterránea que de pronto aflora en directa comunicación.

Desde el planteo autobiográfico de *Recuerdos de Provincia* puede comprenderse el valor estilístico del libro, que resulta inexplicable cuando el lector se detiene en el mero acierto de páginas y de frases. Así se sitúa el acierto constante de una prosa bien elogiada por Jorge Luis Borges: “El curioso lector puede comparar algún episodio de estos *Recuerdos* o de cualquier otro libro autobiográfico de su pluma, con la correspondiente versión del mismo episodio en las trabajadas páginas de Lugones; línea por línea, la versión de Lugones es superior; en conjunto, es harto más conmovedora y patética la de Sarmiento. Cualquiera puede corregir lo escrito por él; nadie puede igualarlo”.⁸

Corrientemente el autor de biografías trabaja desde una posición cronológica que da como concluida la trayectoria del personaje, inclusive cuando se trata de su propia persona. Punto de partida que suele inmovilizar al hombre, de acuerdo con las intenciones de mostración y demostración del biógrafo, ya que el género siempre está sostenido por cierto matiz docente. En el caso contrario se incurre en los deslices pintorescos de las vidas noveladas, que ya comenzaban a insinuarse en la segunda mitad del siglo XIX como aplicables a los hombres públicos.

Recuerdos de Provincia confirma la capacidad sarmientina para historiar el pretérito alrededor de personajes claves y las posibilidades para alcanzar el nivel histórico en el relato de un pasado próximo, e inclusive en la interpretación de rasgos del presente. Hasta las anécdotas, fidedignas o modificadas en

⁸ Prólogo de la citada edición, p. 9.

Elogiando el estilo de Sarmiento, señala Borges las insalvables limitaciones de la estilística: “No hay una de sus frases, examinada, que no sea corregible; cualquier hombre de letras puede señalar sus errores; las observaciones son lógicas, el texto original acaso no lo es; sin embargo ese incriminado texto es eficazísimo, aunque no sepamos por qué. A esa categoría de escritores que no puede explicar la mera razón, pertenece nuestro Sarmiento”.

detalles, están inscriptas en el desarrollo de un avance histórico centrado alrededor de una filosofía hecha a base de observaciones empíricas. Su forma de interpretar las memorias y su sentido de la biografía, reiteran un resultado que supera la evocación sentimental de los hechos; la dinámica del relato nace de esta concepción, que retoma el concepto progresista de la historia formulado por Hegel. No importa demorarse en el posible conocimiento de la filosofía hegeliana que tuvo Sarmiento, sino reconocer los puntos significativos de aproximación. En la trayectoria de su familia, hasta él mismo, se reconoce una línea de progreso para la cual las detenciones, desviaciones o regresiones son momentos mínimamente históricos. La imagen romántica de su destino personal, superior a las adversidades, se extiende a la patria: Rosas y los mandones de las distintas provincias han provocado una detención en el país, pero hombres como Sarmiento permiten confiar en la no lejana recuperación.

Concebido el progreso como marcha hacia la constitución del país, este finalismo se adelanta en el evocador panfletario, que se opone a Rosas como otro aspecto de la vida argentina, aquel para el que se reserva la acción en el futuro. Las líneas ya señaladas con nitidez en *Mi defensa* se afirman en *Recuerdos de Provincia*, para cerrar el ciclo de obras que corresponden al destierro. *Campaña en el Ejército Grande*, de 1852, junto con *Las ciento y una*, serán el puente entre esta etapa de la vida de Sarmiento y la posterior a la Constitución del 53, como si ambos volúmenes, de virulencia panfletaria, resumieran las últimas manifestaciones directas surgidas de la presencia enemiga de Rosas. Por esta fidelidad, Urquiza es el heredero del tirano huído y Alberdi se transforma en sospechoso defensor del vencedor de Caseros, algo así como un nuevo plumífero oficialista.

Las obras que van apareciendo a partir de 1853, inferiores literariamente al ciclo del destierro, son pasos de búsqueda hacia esa renovación del contenido de su cultura, por tantos motivos fallida, que culminó en *Conflictos y armonías de las razas en América*, de 1883.

Sin las resonancias inmediatas de *Civilización y barbarie*, sin la posteridad de polémicas que aún acompaña a este libro, *Recuerdos de Provincia* es, literariamente, la mayor de las obras de Sarmiento y la forma madura del género al que se sentía más atraído, la biografía, al mismo tiempo que la expresión más severa del panfleto de defensa.

En un capítulo de su inquietante *Sarmiento*, señala Ezequiel Martínez Estrada: "Cariz significativo de la incorregible inclinación de Sarmiento a contemplarlo todo bajo el aspecto de su valor práctico, sea lo espiritual o lo material, es su pre-

dilección confesada por la biografía. El retrato de la madre es, en su imagen moral, dechado de ese sentido terrestre y sublime de las cosas, en contraste con la inestable y nada práctica condición paterna, que es el fondo que la realza más aún. El lo comprendió de niño, y tal es casi toda su filosofía”.⁹ Conformes con el pragmatismo de las biografías sarmientinas, es necesario desentrañar de qué manera fue variando esa instancia a través del desarrollo de su actuación pública, hasta llegar al momento en que, con *Vida de Dominguito*, en 1886, superó esa constante para escribir una biografía que es la depuración de aspectos íntimos de *Recuerdos de Provincia*. La visión de las vidas ejemplares deberá oponerse a las biografías de réprobos, de personajes condenables, que tienen su mejor ejemplo en *Facundo*. Lo estrictamente personal, lo que Martínez Estrada llama la filosofía de Sarmiento, también ha variado a través del desarrollo de la existencia del escritor. La puntualización de sus cambios completaría las bases de lo biográfico en las obras de Sarmiento y apoyaría con eficacia la comprensión de su estilo inimitable.

JUAN CARLOS GHIANO.

⁹ E. MARTÍNEZ ESTRADA: *Sarmiento*, Buenos Aires, Editorial Argos, 1946, p. 127.

Unas páginas más adelante se completa la caracterización: “En conjunto, las variadas obras de Sarmiento son historia argentina con la misma verdad que constituyen su autobiografía. Los episodios de su vida privada se amplifican en un escenario nacional, y en sí mismo encuentran, abreviados, capítulos enteros de historia y de psicología colectiva: no solamente el anverso de civilización sino también el reverso de barbarie”, p. 133.